

Paranoia de un delincuente imaginario

04/05/2020

Desde el portal me asomé al exterior mirando con atención a un lado y a otro, como el que se siente acechado. Este sentimiento era en parte nuevo y a la vez una extensión del temor que había sentido durante las largas jornadas de reclusión en el hogar. Tenía miedo a las cosas que entraban en casa, posibles portadoras de algún resto contaminado; a las personas, que aún sin acercarse y sólo con oír su voz al otro lado de la puerta me ponían en estado de alerta; a mi familia, cada vez que alguno cruzaba el umbral; y hasta a mí mismo, por si no era suficientemente cuidadoso y exigente con las medidas que debía tomar.

Durante el largo aislamiento, en el que me había entregado sin resistencia al hastío, tuve tiempo de planificar meticulosamente mi reincorporación a la nueva normalidad, evaluando el riesgo que podría suponer cada actuación, sus consecuencias y el plan de contingencias para cada caso.

Aquella noche casi no había podido dormir, me levanté temprano y repasé con detalle la escapada, pues era el primer día que se podía salir para hacer ejercicio. La ropa, el calzado y los instrumentos los había preparado la noche anterior, así que en un instante y de forma sigilosa estaba preparado para ir a la calle.

Después de mi reclusión y acostumbrado a los cortos recorridos que ofrecía el confinamiento, los espacios abiertos se me figuraron enormes y su uso un lujo que parecía quedar fuera de la ley. En realidad, así había sido hasta el día anterior, por lo que seguía teniendo la sensación de estar haciendo algo punible y, aún lo sería, si dejaba de cumplir alguna de las normas que se habían establecido para realizar actividades deportivas.

Avancé unos pasos sobre la acera hasta tocar el asfalto con uno de mis pies; quería asegurarme de que era real, pues aún era de noche y apenas se vislumbraban las luces de algunas farolas. Entonces, mientras revisaba mentalmente el procedimiento que tanto había estudiado, me di cuenta del error, susurré algunos improperios y añadí en voz alta un par de palabras malsonantes; se me había olvidado la tarjeta federativa. Aterrado por si me paraba la policía y no podía justificar mi salida, pensé en volver a recogerla, así que me detuve a pensar:

Tendría que retroceder hasta la puerta de entrada, colocarme los guantes que acababa de guardar en uno de los bolsillos y que previamente había metido en una bolsita de plástico, después de desinfectarlos con el hidroalcohol de un pequeño recipiente que portaba en el bolsillo contrario al de los guantes y al que también había esterilizado aplicándole su propio contenido.

A continuación sacaría las llaves del bolsillo inferior, que habían seguido el mismo proceso de higiene antes de ser guardadas allí. Llegado ese momento y después de introducir y girar la llave en la cerradura de la puerta del edificio, dudé si debía empujar con la mano o con el pie para vencer la resistencia del muelle que la mantiene cerrada. Aún sin resolver este punto, me quedaba claro que luego debería limpiar de nuevo los guantes y el juego de llaves.

El siguiente paso era subir las escaleras hasta el séptimo piso sin rozar con el pasamanos ni con la pared, pues el ascensor ya lo había descartado porque era un espacio cerrado que podría retener el ambiente viciado durante horas, incluso días. Entonces recordé que en algunos tramos de la escalera estaba estropeado el sistema electrónico que controla las luces y que, como aún era de noche, tendría que subirlos a oscuras. O bien sacar el móvil del bolsillo de atrás y activar el icono de linterna. Pero, de hacerlo así, debía higienizarlo antes de devolverlo a su sitio.

También era consciente de que después de subir varios pisos, debía detenerme en alguno de los descansillos para recuperar el aliento, pues con tanto tiempo de inactividad la respiración y el corazón se me aceleraban con facilidad y no era cuestión de llevar un susto y terminar en el hospital, con la inseguridad que suponía la entrada a cualquier local sanitario. A esto, habría que añadir el peligro de respirar enérgicamente debido al esfuerzo, pues podría estar inhalando el aire contaminado dejado por algún vecino o por alguien del personal de envíos a domicilio, que últimamente accedían con asiduidad a las viviendas. Y a pesar de llevar puesta la mascarilla temía por mi salud, pues me había informado de que no era efectiva al cien por cien, manteniendo siempre algún nivel de riesgo, por mucho cuidado y prevención que tuviera al utilizarla.

Por fin llegaría a casa y después de abrir la puerta, higienizar las llaves, el móvil y el propio envase de antiséptico, devolvería cada cosa a su bolsillo. Luego me quitaría los zapatos y con cuidado cambiaría los pies a las zapatillas, que había dejado previamente a la salida, junto a la puerta. Me pregunté si debía descalzarme apoyando un pie sobre el otro, o si debía hacerlo con las manos. Finalmente decidí que debía ser con las manos, porque de todas formas tendría que tirar los guantes después de desinfectar los zapatos. A continuación, me quitaría la ropa y la colgaría en la percha de la entrada, después directo al lavabo para las manos, quitarme la mascarilla y depositarla en un colgador, lavarme otra vez las manos y también la cara.

Ahora ya podría ir a recoger la tarjeta de la federación que está en la mesilla del dormitorio. Pero una idea cruzó por mi cabeza y me inquietó, la familia estará durmiendo a esta hora, incluida mi esposa. Tendré que dar la luz, abrir y rebuscar en el cajón, con el peligro de que despierte... y sin que se haya tomado el café... Tendré que estar dando explicaciones hasta que pase la hora de poder salir.

En ese momento, en el que recorría mentalmente lo que tendría que hacer para subsanar el olvido y en el que seguía manteniendo un pie en el asfalto y otro en la acera, tomé una decisión drástica. Teniendo en cuenta que además de entrar, debía repetir la salida, lo que suponía un recorrido lleno de obstáculos y peligros para al final regresar al punto dónde ya estaba, pensé que llegado el caso era mejor que me detuviera la policía. A continuación, lo justifique diciéndome que de todas formas llevaba calzado y vestimenta deportiva, incluso una camiseta de la asociación; nadie podría negar que iba a entrenar, aunque no llevara la tarjeta conmigo.

Internamente sabía que con estas explicaciones posiblemente no convencería a nadie, pero de todas formas empecé la actividad y fui alejándome manteniendo el sentimiento con el que había iniciado el día. Con cada calle, camino o senda que enfilaba estaba convencido que el delito sería mayor, pues me alejaba del confinamiento incumpliendo las normas grabadas durante tanto tiempo en mi código interno, aunque ya no estuvieran vigentes. Entre estos pensamientos, el ejercicio y la sensación de que el virus me aguardaba escondido en cualquier rincón, me dio tanto agobio que empapado en sudor tuve que quitarme la mascarilla. Me alegré de que por fin el aire fresco me diera en la cara y empecé a respirar con profundidad repetidas veces, intentando sosegarme, pero sin llegar a conseguirlo.

Y no me di cuenta de lo que pasaba; pues mientras me dejaba inundar por una inusitada liberación y veía como a mi alrededor se iban aclarando las sombras, dejándome ver la grandiosidad del entorno; ya era demasiado tarde. Intenté escapar de la emboscada dando torpes pasos, primero adelante y luego atrás, pero no acerté y el resultado fue aún peor, porque dos personas que venían corriendo, una por cada lado, se vieron forzadas por mis inciertos movimientos a acercarse aún más, sin mascarilla y justo en el momento en que se cruzaban en mi camino. Pasaron tan próximas que recibí de lleno sus exhalaciones, con tal fuerza y como sincronizadas con mi respiración aún agitada, que entraron de lleno hinchando mis pulmones.

Me sentí morir y con la impresión casi pierdo el conocimiento, el acecho era real. Más de cincuenta días sin salir y al primer descuido unas bocanadas de extraños ya habían penetrado sin dificultad hasta el último de mis alveolos. Y todo mi esfuerzo y el de mi familia se habían ido al garete por una imprudencia. Me reocriminé una y otra vez, culpándome por no haber sabido reaccionar y por no esperar a quitarme la mascarilla en un lugar más solitario, que a esa hora de la mañana eran casi todos. Con el ánimo hundido, no sabía si regresar o seguir. Me volví a poner la mascarilla y empecé a hacer cálculos sobre la probabilidad de haberme contagiado: distribución poblacional, porcentajes de personas afectadas, nivel de fiabilidad de la mascarilla..., y sin darme cuenta estaba en casa, por fin en un lugar seguro. O quizá no tanto, porque noté como el cerco se estrechaba y la sensación de angustia se había trasladado dentro de casa, por la duda de si podía estar infectado. Y como un delincuente, me debatía ahora entre la prisión preventiva domiciliaria y la pena de muerte.